**“Así es mi vida, piedra, como tú”**

**Ayer**

El árbol era más pequeño ―al menos en mis recuerdos― y junto a él una higuera ―hoy perdida― nos daba sombra y brevas a mis hermanos y a mí. Quien las recogía para nosotros ―hasta que fuimos capaces de trepar por su tronco nudoso hasta los dulces frutos― era mi abuelo; nuestro abuelo.

La casa era preciosa: tenía una cocina enorme con una mesa de madera de roble, maciza, a la que nos sentábamos mientras mi abuela preparaba unas migas en la lumbre, o una sopa de tomate, … y nos contaba historias que inventaba sobre la marcha y en las que nos hacía protagonistas a nosotros, sus nietos. También tenía dos dormitorios muy amplios. En uno de ellos dormían mis abuelos y en el otro, quien se encartara, aunque a mí donde me gustaba dormir era, en verano, junto a la higuera, y en invierno, junto a Genoveva, la vaca que nos daba la leche y que se convertía en compañera de nuestros juegos y nuestras travesuras.

Mis hermanos y yo nos bañábamos en el caño durante horas, hasta que los dedos se nos arrugaban y mi abuela nos llamaba para merendar. Pan con manteca o con aceite, chocolate, aceitunas …

El paraíso. Un paraíso con fecha de caducidad. Mis padres se trasladaron a Madrid, mis abuelos envejecieron y más tarde murieron ―y yo no estuve allí― y la casa se fue muriendo de pena y de abandono.

**Hoy**

Tengo tantos años casi como la casa y he vuelto a verla. Mis padres también murieron. Mis hermanos viven en provincias diferentes y apenas mantenemos un contacto anual y por compromiso. Yo estoy solo y he sabido que alguien ha comprado el terreno y el cadáver de la casa para *no sé qué*.

He cogido un tren y, sin soltar la pequeña bolsa en la que llevo mis pobres pertenencias, he venido a despedirme de lo que queda de la casa, de los árboles, del caño … y de mis recuerdos.

He vuelto a pasar por el sendero de tierra que entonces me parecía larguísimo. He visto cigüeñuelas, zarapitos, correlimos, avocetas, gaviotas, …

He comprobado que no había nadie en las cercanías, me he quitado la ropa y me he metido en el caño para darme un baño: *por mí y por todos mis compañeros*. Y el sabor salado de mis lágrimas se ha fundido con el agua que me envolvía cariñosa como la toalla de mi abuela.

¡Qué pena que no hubiera brevas!

**Mañana**

¡Qué más da lo que pase mañana! Mis recuerdos no me los puede quitar nadie. Vivo en ellos y me acompañan mis abuelos, la vaca Genoveva, mis hermanos ―mis padres tendrán algo importante que hacer, seguramente― y la casa. El resto de mi vida está tan en ruinas como ella. Quizá pronto la compre la muerte para terminar la obra del tiempo y derribarla.

*A. Tornero - octubre 2018*